

**LAURENT  
PETITMANGIN**

**LO QUE FALTA  
DE NOCHE**



  
LITERATURA  
RANDOM HOUSE

El hombre que narra esta historia perdió a su mujer y ha criado a sus dos hijos lo mejor que ha podido. Son dos chavales buenos y educados que quieren a su padre tanto como él a ellos, aunque no lo expresen a menudo. Comparten la afición por el fútbol, los recuerdos sobre su madre y el orgullo humilde de clase trabajadora. Hasta que de repente el mayor habla cada vez menos, se aleja de su padre y empieza a codearse con jóvenes de extrema derecha. Con la sensibilidad frágil y profundamente humana de quién no tiene herramientas para expresar cómo se siente, asistimos al relato de un amor imperfecto entre un hijo y un padre que no sabe cómo evitar que su chico se llene de odio. ¿Por qué alguien con la vida por estrenar puede contener tanta furia? ¿El amor de un padre puede perdonarlo todo? Esta historia inolvidable se hace las preguntas adecuadas, las que más duelen y las que escapan a una respuesta fácil. Seleccionada como el mejor libro del año por los estudiantes franceses, resuena con fuerza en un mundo estupefacto ante el auge del odio y la incompreensión.

Fus pelea el balón en el terreno de juego. Lo roba. Le gusta robar el balón. Lo hace bien, sin apabullar demasiado al adversario. Eso sí, es lo bastante marrullero como para darle un pequeño toque. A veces el otro chaval planta cara, pero Fus es alto, y cuando juega tiene pinta de malo. Se llama Fus desde los tres años. Fus por Fußball. A lo luxemburgués. Ya nadie lo llama de otra manera. Es Fus para sus profesores, sus amigos, también para mí, su padre. Voy a verlo jugar todos los domingos. Llueva o hiele. Asomado a la barandilla, apartado de los demás. El campo está lejos de todo, cercado por álamos y con el aparcamiento abajo. La pequeña cabaña que sirve para los aperitivos y como cobertizo para almacenar el material se volvió a pintar el año pasado. El césped está en buenas condiciones desde hace varias temporadas, sin que se sepa por qué. Y el aire es siempre fresco, hasta en pleno verano. No se oye ningún ruido, solo la autopista a lo lejos, apenas un murmullo que nos recuerda que estamos en el mundo. Un sitio bonito. Casi un terreno de ricos. Hay que subir quince kilómetros, hasta Luxemburgo, para encontrar un campo mejor cuidado. Yo tengo mi sitio. Lejos de los banquillos, lejos del pequeño grupo de fieles. Lejos también de los hinchas del equipo visitante. Con vistas al único anuncio del campo, el garito de kebabs que hace de todo, *pizza*, tacos, hamburguesas americanas, bocadillos de filete con patatas fritas o la Stein, una salchicha blanca con patatas, también entre pan y pan. Algunos, como el Mohammed, vienen a estrecharme la mano, « *Inch'Allah*, vamos a machacarlos, ¿está en forma el Fus hoy?», y luego se van. Yo nunca me pongo nervioso, jamás

grito como los demás, solo espero a que se acabe el partido.

Son mis domingos por la mañana. A las siete me levanto, preparo el café para Fus, lo llamo, se despierta inmediatamente sin protestar nunca, aunque se haya acostado tarde la víspera. No me gustaría tener que insistir, tener que zarandearlo, pero eso no ha sucedido nunca. Digo a través de la puerta: «Fus, levántate, es la hora», y unos minutos después está en la cocina. No hablamos. Si hablamos, es del partido del Metz de la víspera. Vivimos en el departamento 54, pero en la región apoyamos al Metz, no al Nancy. Es así. Tenemos cuidado con el coche cuando lo aparcamos cerca del estadio. Hay gilipollas en todas partes, imbéciles que se ponen nerviosos en cuanto ven un vehículo con matrícula 54 y que son capaces de fastidiarte el coche. Cuando ha habido partido la víspera, le leo la crónica del periodista. Tenemos nuestros jugadores preferidos, y a esos más vale que no nos los toquen. Que acabarán por irse. En cuanto destacan un poco nos los birlan. Nos quedan los otros, los que se esfuerzan, mediocres, esos de los que decimos veinte veces por partido ya va siendo hora de que se larguen, ya no aguanto más sus torpezas. Aunque después de todo, mientras suden la camiseta, por muy malos que sean, que se queden. Sabemos lo que valemos y sabemos conformarnos.

Cuando veo jugar a Fus me digo que no hay otra vida, que la vida es solo esto. El momento en que grita la gente, el del ruido de los tacos que se pegan y despegan de la hierba, el del compañero de equipo que protesta porque no lo han visto a tiempo, no se han dado cuenta de su desmarque, el de esa rabia que sale del fondo de la garganta cuando marcan o les meten el primer gol. Uno de esos momentos en los que no me toca hacer nada, uno de los únicos instantes que me quedan con Fus. Un momento que no cedería por nada en el mundo, que espero desde el principio de la semana. Un momento que solo me apor-

ta estar ahí, que no resuelve nada, nada en absoluto. Una vez terminado el partido, Fus no vuelve a casa enseguida. No lo espero, cuando llega, su hermano y yo casi hemos acabado de comer. «Gordo, ¿me lavarás las camisetas?». «Sí, hombre, ¿y por qué tendría que hacerlo?». «Porque eres mi hermano pequeño, no te preocupes, te devolveré el favor». Coge su plato, se sirve y va a instalarse delante de los programas televisivos de la tarde.

A las cinco, cuando tengo ánimos, voy a la sección. Cada vez va menos gente, desde que ya no se sirve el aperitivo. Se había convertido en la casa de tócame Roque, los tipos ya no hacían nada y solo esperaban a que sacaran las botellas. Somos cuatro, cinco, rara vez más. No siempre los mismos. Ya no hay que desplegar las mesas como hace veinte años. La mayoría no trabaja los lunes. Jubilados, la Lucienne, que viene como venía en tiempos de su marido, con una tarta que corta con mucho mimo. Nadie habla hasta que no ha acabado de cortar ocho hermosos trozos, todos iguales. Uno o dos tipos que llevan en paro desde tiempos inmemoriales. Los temas son siempre los mismos, la escuela del pueblo que no va a durar porque cada tres cursos pierde una clase, las tiendas que cierran una tras otra, las elecciones. Hace años que no hemos ganado ninguna. Ninguno de nosotros ha votado a Macron. Ni a la otra. Aquel domingo nos quedamos todos en casa. Un tanto aliviados, desde luego, al ver que ella no pasaba a la segunda vuelta. Aunque la verdad es que me pregunto si algunos, en el fondo, no habrían preferido que ganara y estallara todo de una vez.

Seguimos repartiendo panfletos. No creo que sirva de gran cosa, pero hay un joven que tiene don para las consignas. Que sabe explicar en una página la mierda que asfixia nuestras minas y envenena nuestras vidas. Jérémy. No el Jérémy. Jérémy a secas, porque no es de aquí y nos corrige todo el tiempo esa manía nuestra de poner «el» o «la» delante de los nombres. Sus padres llegaron hace

quince años, cuando la fábrica de cárteres montó su nueva línea de producción. Cuarenta nuevos empleos de golpe. Inesperado. Si no se inauguró veinte veces aquella línea, no se inauguró ninguna. Toda la región, el gobernador, el diputado, todos los niños de la escuela se acercaron a cantar sus excelencias. Hasta el cura, que pasó varias veces a bendecirla medio a hurtadillas. La periodista del *Républicain Lorrain* se pasaba el día en la carretera para contar cuánto se esforzaban todos en esa cadena, símbolo de que se podía tener fe. «La Lorena es industrial y siempre lo será». Una rubia guapa que hacía bien su oficio, con esas palabras esperanzadoras que quedan bien. También era ella la que hacía las fotos, así que variaba las poses, para que la página Villerupt-Audun-le-Tiche no pareciera la misma todos los días. Tardó en ponerse a funcionar aquella cadena, quizá demasiado. El día en que por fin los capataces y los operarios estuvieron ya formados, el día en que por fin se dio más o menos con la solución para tratar el jodido disolvente, nada, unos centilitros al día que se escapaban y bloqueaban la certificación, nos encontramos de nuevo en plena crisis, la de los bancos, la que iba a acabar con la línea y sus residuos en dos patadas. Aunque la fábrica hubiera escupido materias radiactivas, no creo equivocarme al decir que al pueblo le daba exactamente igual, que habríamos preferido beber agua de freagar antes que retrasar más el lanzamiento de la línea. No hubo debate en la sección, no éramos muy ecologistas en aquellos tiempos. Ahora tampoco, de hecho. Jérémy formaba parte de la clase primavera, como se les bautizó por aquel entonces. Una veintena de críos que llegaron en marzo-abril con los padres recién contratados y que reactivaron una clase adicional de la escuela primaria y otra de secundaria al principio del curso siguiente.

Tiene veintitrés años, Jérémy, un año menos que Fus. Al principio esos dos eran amigos. A Fus le caía bien. Lo trajo a nuestra casa en varias ocasiones. Y eso que no solía

invitar a casi nadie. Creo que le daba algo de vergüenza. De su madre, que casi no salía de la cama. Puede que de mí también. Cuando venía Jérémy, era un día bonito para mi mujer. Si se sentía con fuerzas, se levantaba y les hacía gofres o buñuelos. Reñía un poco a Fus diciéndole que podía haber avisado, que habría hecho la masa antes, la víspera, que habría salido más rica, pero acababa preparándoles los buñuelos, crujientes y con azúcar glas espolvoreado. Quedaban para la cena de esa noche y aún sobraba una ensaladera llena para el día siguiente. Jérémy y Fus siguieron viéndose hasta la secundaria. Luego Fus empezó a estudiar menos. A costarle mucho. A no ir a clase. Tenía las excusas en bandeja. El hospital. Su madre. La enfermedad de su madre. Los escasos momentos de bonanza que había que aprovechar. Los últimos días de su madre. El duelo de su madre. Tres años de mierda, de los once a los trece, durante los que me vio totalmente impotente. Sin creer ya en nada. Habiendo perdido totalmente la fe en una remisión que no llegaría nunca. Ni siquiera capaz de dejar de fumar. Incapaz ya de sentarme a su lado cuando se echaba a llorar en la cama, incapaz ya de mentirle, de decirle que todo iría bien con su madre, que volvería. Tan solo capaz de hacerles la comida, a él y a su hermano. Tan solo capaz de reprocharme haber tenido a esos hijos demasiado tarde. Teníamos los dos treinta y cuatro años cuando nació Gillou.

A los catorce, Fus se descolgó de los estudios. Dejó de salir con los amigos de los buenos tiempos. Los tiempos en que los maestros de la primaria lo apreciaban. Los de la secundaria tuvieron mucha menos paciencia. Hicieron como que no ocurría nada. Como si el muchacho no se pasara los domingos en el Bon-Secours. Al principio se llevaba los deberes al hospital, luego hizo como yo, sentarse junto a la cama, mirar la cama, a su madre en la cama, pero sobre todo la cama, las sábanas, cómo estaban puestas. Los pequeños defectos de la trama a fuerza de lavarlas y

pasarlas por lejía. Durante horas. Era duro mirar a la madre, se había vuelto fea. Cuarenta y cuatro años. Se le habrían echado veinte, treinta más. A veces las enfermeras la maquillaban un poco, pero no podían ocultar el amarillo ocre que iba adquiriendo semana tras semana su cara a fuerza de dormir mal, y sobre todo sus brazos agonizantes asomando por encima de las sábanas. Como yo, a veces debió de desear no ir al Bon-Secours, que hubiera un domingo normal, o al contrario algo tan excepcional que nos impidiera acudir allí, pero nunca sucedía, no había nada mejor, nada más urgente que hacer, así que íbamos a ver a la madre al hospital. Solo a veces nos las arreglábamos para dejar a nuestro Gillou con los vecinos para que pasara la tarde con ellos. A eso de las ocho, después del servicio de la cena, salíamos aliviados por haber ido. En ocasiones, en verano, contentos de haber abierto la ventana. De haber aprovechado una de esas horas en las que estaba consciente y de haber escuchado con ella los ruidos del patio. Le mentíamos, le decíamos que tenía mejor cara y que el doctor, con quien nos habíamos cruzado por el pasillo, parecía contento.

Tendría que haberle presionado. Vi cómo iba desmoronándose poco a poco. Sus notas eran cada vez peores, pero ¿qué más daba? Guardaba la poca energía que me quedaba para seguir trabajando, para seguir poniendo buena cara delante de los compañeros y el jefe, para conservar ese jodido puesto. Tener cuidado, reventado como estaba, a veces un poco borracho, de no meter la pata. Tener cuidado con los cortocircuitos. Tener cuidado con las caídas. Una catenaria está muy alta. Volver de una pieza. Porque tenía que alimentar a mis dos retoños, aguantar sin beber hasta que se acostaran. Y luego dejarme llevar. No siempre. Pero sí a menudo. Así transcurrieron esos tres años. El Bon-Secours, el depósito del ferrocarril de Longwy, a veces el de Montigny, la línea Aubange-Mont-Saint-Martin, el triaje de Woippy, el pabellón, la sección y de



nuevo el Bon-Secours. Y luego los turnos de noche en Sarreguemines y Forbach, organizarme con los vecinos para que vigilaran al Gillou y a Fus. Fus que tenía que hacer la comida, las latas preparadas, solo calentar: «Ten cuidado, no te olvides del gas, no vayas a prender fuego a la casa. No os acostéis muy tarde, si necesitas algo ve a ver al Jacky, sabe que estáis solos esta noche». Fus todo un hombre desde los trece años. Con responsabilidades de adulto. Un buen chaval, la casa estaba siempre impecable cuando volvía al día siguiente. Ni una sola vez fue a ver al Jacky. Ni siquiera cuando el granizo rompió la vidriera de la cocina, piedras gruesas como puños. Ni siquiera cuando Gillou no conseguía dormirse, cuando tenía miedo y llamaba a su madre. Fus siempre supo arreglárselas. Hacía lo que había que hacer. Hablaba con Gillou, lo despertaba al día siguiente, le preparaba el desayuno. Y aún tenía tiempo para limpiar lo que ensuciaba el otro. En otras circunstancias habría sido el hijo modelo, veinte veces, cien veces, mil veces recompensado. En esa situación, con lo que ocurría, no se me pasó nunca por la cabeza darle las gracias. Solo un «¿Todo bien?, ¿no habéis hecho ninguna tontería? El domingo iremos al Bon-Secours». La madre sí sabía ocuparse de Fus y de Gillou. Iba a todas las reuniones de la escuela, insistía para que pidiera un día de permiso y la acompañara. Éramos siempre los primeros, en la primera fila, encajonados tras los pupitres de los niños. Atentos a los consejos de la maestra. La madre tomaba notas que releía a los hijos por la noche. Había matriculado a Fus en latín, porque los mejores estudiaban latín, servía para entender la gramática, su organización, como las matemáticas. Latín y alemán. Ya tendrían tiempo de estudiar inglés a partir de los catorce años. Ella tenía ambiciones para los dos. «Seréis ingenieros ferroviarios. Eso es un buen puesto. Médico también, pero sobre todo ingeniero ferroviario». Cuando se descubrió la enfermedad, volvió a hablarme del futuro de los chicos, pero fue al principio. Yo

no me creía lo de aquel cáncer, pienso que ella tampoco. La dejé hablar sin hacerle caso, luego se hundió enseguida en el sufrimiento y no volvió a sacar el tema. Las últimas semanas, cuando sabía que todo se había acabado, no repasó su vida y se abstuvo de todo consejo. Se limitaba a mirarnos, el poco rato que estaba consciente. Solo observarnos, sin siquiera sonreírnos. No me hizo prometer nada. Nos había abandonado. Había luchado contra el cáncer durante tres años. Sin decir nunca que iba a salvarse. La madre no era una bravucona. Una vez le dije yo: «Vas a hacerlo por los chicos». «Antes lo haré por mí», me contestó. Creo que ponía nerviosos a los médicos, no lo bastante motivada, no las agallas suficientes en todo caso. Esperaban que se rebelara, que dijera como los otros, que iba a ponérselo cuesta arriba al jodido cáncer, que lo iba a acjonar. Pero no lo decía. Eso era cosa de las películas, algo para los demás. Como las últimas recomendaciones. Demasiado para ella. Esa no era la vida de verdad, por lo menos su vida no era esa. Por eso en su entierro nadie me habló de su valentía.

Y sin embargo tres años de hospital, de quimio, tres años de radio. La gente me habló de mí, de los niños, de lo que íbamos a hacer ahora, casi nada de ella. Parecía como si le reprocharan un poco su resignación, haber dado una imagen tan lamentable. El doctor se limitó a encogerse de hombros cuando le pregunté cómo habían transcurrido sus últimas horas. «Como el resto de los días, ni más ni menos. Sabe, señor, su mujer en realidad nunca se rebeló contra su enfermedad. Es algo que no está a la altura de cualquiera. Pero no quiero decirle con esto que eso hubiera cambiado algo, nadie puede saberlo, a decir verdad». Esa fue la letanía. Hasta al cura le costó. No nos conocía mucho. No íbamos a misa, pero ella habría querido que se hiciera algo, bueno, eso era lo que yo me imaginaba, porque apenas habíamos hablado de ello. Me decía a mí mismo que pasar por la iglesia dejaría una huella. No

quería que se fuera así, tan deprisa. Para los chicos también era mejor, más correcto. Al salir del cementerio, un joven, el hijo de uno de los tipos de la sección, se me acercó. Se disculpó por llegar tarde, pero el tráfico estaba imposible a la salida de la carretera nacional. Me ofreció un cigarrillo. Gillou ya se había ido a casa con el Jacky. Fus no se había despegado de mí durante toda la ceremonia, tristísimo, muy tocado ese día. Al ver que nuestros cigarrillos se encadenaban, acabó por sentarse en un banco en lo alto del cementerio. Miraba a los sepultureros afanándose en la tumba de la madre, para acabar antes de que se hiciera de noche. Yo estaba con el joven, en el extremo del terreno, donde aún había sitio para tres filas más, un rincón muy verde, dominando el valle, un lugar bonito, lástima que estuviera tan cerca de toda esa muerte. Hablamos de todo y de nada. Sabía que los demás me esperaban en el bar para el café y las pastas que había encargado la víspera. Pero me sentía a gusto fumando con ese joven como si no pasara nada. Aliviado porque el día hubiera tocado a su fin, contento de que no hubiera sucedido nada. ¿De qué había tenido miedo? ¿Qué podía pasar el día de un entierro? Aliviado, de todas formas. Asaltado por pensamientos vacíos, por preguntas tan inútiles como indispensables que iban a marcar el ritmo de mi vida a partir de ese momento. ¿Qué iba a hacer de cenar esa noche? ¿Qué haríamos el domingo? ¿Dónde estaba guardada la ropa de invierno?

Durante semanas nos convidaron, el Jacky y otros. Nunca durante los tres años de la enfermedad, ni tampoco antes, nos habían invitado tanto. Eran muy amables, pero me daba pena por la madre. Ella no había disfrutado de todo eso, de los aperitivos que se eternizaban, seguidos plácidamente por una buena comida. Nos dábamos bastante prisa en beber, para no tener que hablar o para que las palabras fluyeran fácilmente. Sobre todo, neutralizar el momento penoso que llegaría a la fuerza. Sentirse obligados a hablar de la madre, en voz más baja, mirar si los niños seguían jugando y no escuchaban. Decir lo que ya se había dicho, echar otro trago. Un momento de silencio a la espera de que el alcohol hiciera efecto, y volver a contar cosas graciosas, una tontería vista en la tele, un buen chiste oído la víspera, terminar con una nota alegre porque ya era hora de irse a casa. Después llegaron las vacaciones de verano y todo el mundo se desperdigó un poco. Yo había apuntado a Fus y Gillou a un cursillo de fútbol en Luxemburgo. Acampábamos en Grevenmacher, cerca del río Moselle. Los llevaba por la mañana, me quedaba a la primera hora de entrenamiento, luego me iba a pasear por los bosques de los alrededores. Cuando me armaba de valor, salía en bici, pero desde la enfermedad de la madre había cogido aprensión, no te vayan a atropellar, pobres hijos, sin nadie que se ocupe de ellos. El *camping* estaba muy bien, lleno de alemanes que hacían la ruta del vino. Nos limitábamos a los buenos días buenas noches con ellos, aprovechábamos que estábamos juntos los tres. Los chicos me contaban su jornada de fútbol, cómo se las habían arreglado, los campeones por un lado,

las víctimas por el otro, ellos bien en medio. Había clanes en ese grupo. Los luxemburgueses, los franceses de Metz, los de Thionville y alrededores. La fricción iba en serio y los más pequeños, como Gillou, se llevaban la peor parte. A veces había tangana y Fus soltaba algún que otro puñetazo cuando se metían con su hermano. Siempre se habían querido, pero desde la muerte de la madre era más fuerte aún. Nos tomábamos nuestro tiempo, los dos estaban muy cansados del día, pero nos quedábamos juntos, mucho tiempo, bebiendo, sonriendo, a veces mirando a la gente de las otras mesas del *camping*. Hacíamos listas juntos, nuestros platos preferidos, los diez mejores jugadores del F.C. Metz de todos los tiempos. Nuestros mayores miedos, nuestros mayores ataques de risa. Entonces la madre salía por fuerza en la conversación. Cuando se había resbalado con los espaguetis. Nos acordábamos los tres de aquel día de Eurovisión. Habíamos decidido cenar delante de la tele y ella se dio prisa para no perderse el principio de la emisión, qué caída la suya, y la cazuela con los espaguetis a la boloñesa que se estrelló con ella. Nos pegamos más de media hora limpiándolo todo los cuatro. Gillou nos preguntó si podía haberse enfadado porque nos habíamos burlado de ella. Lo tranquilizamos. Seguro que estaba encantada de ver que habíamos pasado una buena velada. Entonces esos diablillos se pusieron a reparar la historia, todos los detalles, cómo se resbaló. Se levantaron de sus asientos, imitando el gesto, el pie que salió disparado hacia el cielo. Lo que dijo al caerse, la pasta, hasta dónde fue a parar. Estaban guapos mis dos hijos ahí, sentados a la mesa de *camping*, Fus ya alto y flaco, Gillou aún regordete, con cara de bueno, tomándose su tiempo para crecer. Estaban sentados de espaldas al Moselle y yo tenía ante los ojos la vista más hermosa del mundo y mi mirada saltaba de las colinas casi en penumbra a sus rostros bien despiertos, francos, iluminados por nuestra lámpara-tempestad. Yo estaba contento aquella noche

y todas las que siguieron. Disfruté de esa época. Hacía ya tres meses que la madre se había ido, yo había perdido el miedo a no llegar, a no poder hacer frente a todo lo que había que organizar, gestionar. Todo lo que había entrevistado desde hacía tres años. Era terrible decirlo, pero casi era más fácil ahora que ya no había hospital, siempre esperando, cada noche, cada domingo. Casi más fácil. Si me hubiera oído ella. Sin embargo era la verdad, y las vacaciones nunca fueron tan merecedoras de ese nombre. En varias ocasiones los llevé a comer a Luxemburgo capital. Nos dábamos un paseo por las murallas, luego íbamos a un pequeño restaurante donde esperábamos horas, había mucha gente, los chicos se ponían nerviosos por el hambre, pero luego los filetes gigantescos y las enormes patatas fritas, casi un cuarto de patata cada una, sabían aún mejor. Quince días de auténtica felicidad. Solo estaba el remordimiento de no haberlo hecho antes, cuando aún vivía la madre, pero es verdad que a ella no le gustaba mucho el *camping*, prefería el sur, «pero a tu centro para empleados del ferrocarril ni hablar, ¿eh?», así que íbamos cada dos años, porque era todo un presupuesto y todavía nos quedaba por terminar la cocina y la terraza. Dejamos de hacerlo desde el principio de su enfermedad, hacía más tres años. Vací mi cabeza, la única obligación era llevarlos por la mañana al entrenamiento y recogerlos a eso de las cuatro, el resto era tiempo libre. Me sorprendió ver llegar a un compañero del depósito unos días antes del final de las vacaciones. Sabían que estaba ahí, necesitaban a gente para una línea que estaba a punto de caer, sin que se supiera por qué. «Pagan bien, aparte, por horas, el jefe sabrá agradecértelo». «Estoy con los chicos, mañana acaba el cursillo, van a darles un diploma, además tienen un torneo, no puedo hacerles eso». Fus fue más sensato que yo: «No te preocupes, el reparto de premios es una chorrada, y además, ¿sabes?, creo que Gillou está hasta las narices de los luxemburgueses, le tratan mal, si nos vamos

esta noche casi mejor». Desmontamos las dos tiendas en pleno diluvio. No se veía nada, nos costó un montón recoger más o menos bien el material y acabamos por meter a Gillou a cubierto dentro del coche mientras Fus y yo intentábamos salvar lo que se podía salvar. Durante el trayecto de vuelta, a cincuenta por hora, en medio de los géiseres provocados por el coche, disfruté de mis últimos minutos de vacaciones y me prometí volver a hacerlo todos los años. Pero al año siguiente no fuimos. No por falta de ganas. Por culpa de Gillou, que se había roto la pierna unas semanas antes. No me pareció bien obligarle a ir al *camping*. Pasamos las vacaciones delante de la tele. Era el año de las olimpiadas. Nos tiramos las noches y las mañanas viendo las retransmisiones. Fus imitaba a Patrick Chêne, Gillou a Nelson Monfort. Fue un verano muy bonito, nos íbamos a dormir a media tarde, hacia las cinco, después de las últimas finales, hasta las doce o la una, para repornos. Teníamos indigestión de imágenes, pero nos reuníamos los tres por la noche, como clavos en nuestros puestos, impacientes por ver si ese jodido contador de medallas francesas se movía de una vez. Nos apasionábamos por todo, deseando que ganaran alguno de aquellos metales.